

neamente el ateísmo y el materialismo como armas contra la religión; á pesar de esto, desde el principio del movimiento, el materialismo más riguroso se encontraba completamente organizado, desde el punto de vista teórico, cuando los espíritus innovadores se apoyaban también ya sobre el deísmo inglés ó bien en una mezcla de deísmo y escepticismo.

La acción estimulante de Diderot debió ciertamente su efecto considerable á su raro talento de escritor y á la energía de sus argumentaciones, así como á los escritos filosóficos que había publicado separadamente y, sobre todo, á su infatigable colaboración en la gran *Enciclopedia*; cierto que en esta última obra Diderot no ha expresado siempre su opinión personal; además, cuando comenzó esta publicación, no había llegado aún al ateísmo y al materialismo; se sabe que una gran parte del *Sistema de la naturaleza* ha sido escrita por Diderot, pero no fué éste quien impulsó á Holbach á las últimas consecuencias, sino que, por el contrario, fué Holbach quien por su fuerza de voluntad, su claridad, su calma y su perseverancia hizo de Diderot (que era mucho más original que él) su colaborador y su partidario. Cuando la Mettrie publicó (1745) su *Historia natural del alma*, donde el materialismo se disimula apenas, Diderot estaba todavía colocado en el punto de vista de lord Shaftesbury; en el *Ensayo acerca del mérito y la virtud* dulcificó la rudeza del original, reproduciendo y combatiendo en sus notas las opiniones que le parecieron más avanzadas; acaso era efecto de una prudencia calculada; pero, defendiendo la existencia de un orden en la naturaleza (que después negó con Holbach) y combatiendo el ateísmo, mostró tanta sinceridad como en sus *Pensamientos filosóficos*, escritos un año más tarde, los cuales están todavía perfectamente conformes con la teleología inglesa y se concilian con Newton; en esta obra piensa que son principalmente las investigaciones modernas, en las ciencias de la naturale-

za, las que han dado al ateísmo y al materialismo los más rudos golpes; las maravillas del microscopio son verdaderos milagros de Dios; el ala de una mariposa ó el ojo de una mosca bastan para aplastar á un ateo; no obstante, se siente aquí ya una inspiración nueva, porque inmediatamente, en medio de esta refutación sin piedad del ateísmo filosófico, se ven brotar las fuentes más fecundas para el ateísmo social, si por concisión podemos designar así el ateísmo que combate y rechaza el Dios que reconoce la sociedad existente, el Estado, la Iglesia, la familia y la escuela.

Diderot pretende que sólo combate la intolerancia «cuando ve cadáveres quejumbrosos encerrados en las prisiones del infierno y cuando oye sus suspiros y sus gritos de dolor»; pero esta intolerancia se apoya toda entera en la idea dominante de Dios! — «¿Qué crimen han cometido esos infortunados?» pregunta Diderot: — «¿Quién les ha condenado á esas torturas? — El Dios que han ofendido. — ¿Quién es ese Dios? — Un Dios de bondad infinita — ¿Cómo un Dios de bondad infinita se complace en bañarse en lágrimas? Hay gentes de las que se puede decir que temen á Dios porque le tienen miedo; tal retrato se hace del Sér supremo, tales cosas se afirman de su irascibilidad, de sus venganzas implacables, del gran número de seres que deja perecer comparado con los pocos á quienes se digna tender su mano caritativa, que hasta el alma justa debería desear que Dios no existiese». Estas palabras incisivas debieron impresionar entonces á la sociedad francesa mucho más profundamente que cualquier párrafo de *El Hombre máquina*, y el que, haciendo entera abstracción de la teoría especulativa, no quiera ver en el materialismo más que la oposición contra la fe de la Iglesia, no tiene necesidad de esperar el *Sueño de d'Alembert* (1769) para llamar á Diderot uno de los órganos más audaces del materialismo; pero nuestra tarea no es favorecer esta confusión, aunque nos obligue el plan

y objeto de esta obra á dar cuenta, á la vez que del materialismo propiamente dicho, de los sistemas similares ó paralelos.

En Inglaterra, el aristocrático Shaftesbury pudo impunemente colocar el Dios de las venganzas en uno de los platillos de la balanza y encontrarle demasiado ligero; hasta en Alemania, aunque ya mucho más tarde, Schiller se atrevió á exhortar á que cerrasen los templos de ese Dios á quien la naturaleza no ve más que con sus instrumentos de tortura y que sólo se complace con las lágrimas de la humanidad (10); los hombres instruidos tienen la facultad de reemplazar esta primera idea de Dios por una concepción más pura, pero para el pueblo, sobre todo para el pueblo católico de Francia, el Dios de la venganza era al propio tiempo el Dios del amor; en la religión popular el cielo y el infierno, la bendición y la maldición se combinan en una mística unidad con la inflexible precisión de una idea tradicional; el Dios del cual Diderot sólo hacía resaltar las faltas, era el Dios del pueblo, el Dios de su confianza, de su temor y de su veneración cotidiana; se podía derribar esta estatua como hizo en otro tiempo San Bonifacio con las divinidades paganas, pero no se podía con una frase ingeniosa, sustituirla con el Dios de Shaftesbury; una sola y misma gota, según la variedad de las soluciones químicas con las cuales se mezcla, da precipitados muy diferentes; Diderot, en realidad, combatía en favor del ateísmo mucho tiempo antes de cuando le aplastaba en teoría. En estas condiciones, no es de gran importancia histórica examinar la naturaleza de su materialismo; no obstante, para la crítica de ese sistema, algunas palabras acerca de las ideas de Diderot no serán superfluas del todo; su doctrina, aunque en un plan bastante vago, constituye, en rasgos fáciles de discernir, una modificación completamente nueva del materialismo, la cual parece evitar la objeción principal hecha contra el atomismo desde Demócrito hasta Hobbes.

Hemos hecho observar con frecuencia que el materialismo antiguo atribuía la sensación, no á los átomos sino á la organización de pequeños gérmenes, los cuales, según los principios del atomismo, no pueden ser más que una yuxtaposición particular de los átomos en el espacio, átomos que tomados uno por uno son absolutamente insensibles; ya hemos visto que, á pesar de todos sus esfuerzos, Gassendi no pudo vencer esta dificultad, y Hobbes no dilucida tampoco la cuestión porque identifica sencillamente con el pensamiento un modo determinado de movimiento de los corpúsculos; sólo faltaba transportar á las más pequeñas moléculas mismas la sensación como propiedad de la materia; esto es lo que hizo Robinet en su *Libro de la naturaleza* (1761), mientras que la Mettrie, en su *Hombre máquina* (1748), se atiene aún á la antigua concepción de Lucrecio.

El sistema original de Robinet, rico en elementos fantásticos y en hipótesis aventuradas, se ha descrito ya como una caricatura de la mundología de Leibnitz, ya como un prelude á la filosofía natural de Schelling ó bien como un materialismo puro; este último título es el único exacto, aunque se pueden leer capítulos enteros sin saber en qué terreno se encuentra uno. Robinet atribuye vida é inteligencia hasta á los más pequeños corpúsculos; las partes constituyentes de la naturaleza inorgánica tienen también gérmenes vivos que llevan en sí el principio de la sensación sin tener conciencia de sí mismos; por lo demás, también el hombre (nuevo é importante elemento de la teoría de Kant) no conoce más que su sensación, no conoce su propia esencia ni se conoce él mismo como substancia; más adelante, Robinet, en capítulos enteros, hace obrar uno sobre otro el principio corporal y el principio espiritual de la materia, creyéndose cualquiera colocado en el terreno del hilozoísmo más desenfrenado; de pronto se encuentra uno como en presencia de una corta pero grave declaración: la acción del espíritu sobre la

materia no es más que una reacción de la impresión material recibida, y en esta reacción (¡subjétivamente!), los movimientos libres de la materia resultan exclusivamente del juego orgánico (¡es decir, mecánico!) de la máquina (11); este principio se sigue hasta el fin con lógica, pero también con discreción; así, por ejemplo, si una impresión sensible impulsa el alma á desear alguna cosa, todo el fenómeno se reduce á la acción mecánica que las fibras pensantes del cerebro ejercen condicionalmente en las fibras del deseo, y si por consecuencia de mi deseo quiero extender los brazos, esta voluntad no es más que la faz interior, subjetiva, de la serie estrictamente mecánica de los procesos de la naturaleza, que, partiendo del cerebro, pone en movimiento á los brazos con la ayuda de los nervios y de los músculos.

Kant, censurando al hiloísmo el concluir con toda filosofía natural, no puede comprender el punto de vista en que se coloca Robinet; la ley de la conservación de la energía, para hablar el lenguaje de nuestra época, es admirable en Robinet para el conjunto del hombre fenomenal, desde las impresiones de los sentidos, resultado de las funciones del cerebro, hasta las palabras y los actos; con gran sagacidad une á esta aserción la teoría de Locke y de Voltaire acerca de la libertad; ser libre es poder hacer lo que se quiere y no poder querer lo que se quiere; el movimiento de mi brazo es voluntario, porque se efectúa en virtud de mi voluntad; considerado exclusivamente, el nacimiento de esta voluntad es naturalmente tan necesario como la selección de esta voluntad con su consecuencia; pero esta necesidad natural desaparece para el sujeto y la libertad subsiste sola; la voluntad no obedece subjétivamente más que á motivos de naturaleza intelectual, pero éstos dependen objetivamente de los procesos que se efectúan en las fibras correspondientes del cerebro. Aquí se ve de nuevo cómo el materialismo, cuando es lógico, nos conduce al límite donde

expira todo materialismo; por poco que se dude de la «realidad absoluta» de la materia y de sus movimientos, se llega al punto de vista de Kant, que considera las dos series causales (la de la naturaleza según la necesidad extrínseca y la de nuestra conciencia empírica según la libertad y según los motivos intelectuales) como simples fenómenos de una tercera serie latente, de la que todavía nos es imposible probar su verdadera naturaleza.

Mucho tiempo antes de la aparición de la obra de Robinet, Diderot tendía hacia una teoría semejante; Maupertuis fué el primero que habló (1751) en una disertación seudónima de átomos sensibles, y Diderot, combatiendo esta hipótesis en sus *Pensamientos acerca de la explicación de la naturaleza* (1754), dejaba entrever que le parecía evidente, pero era escéptico aún y además el escrito de Maupertuis pasó sin dejar huella (12). Diderot no adoptó las ideas de Robinet ni advirtió el punto débil que esta modificación del materialismo hoy nos presenta; en el *Sueño de d'Alembert*, el autor vuelve á menudo sobre este asunto; la cosa no puede ser más sencilla; tenemos átomos sensibles, pero, ¿cómo el total de sus impresiones particulares puede constituir la unidad de la conciencia? La dificultad no es psicológica, porque si de un modo cualquiera esas sensaciones pueden confundirse en un todo, semejante á los sonidos de un sistema de armonía musical, podemos también figurarnos cómo una suma de sensaciones elementales puede formar el elemento más rico é importante de la conciencia; pero, ¿cómo las sensaciones pueden atravesar el vacío y pasar de un átomo á otro? D'Alembert, soñando, es decir, Diderot, no puede salir de la dificultad más que admitiendo que las moléculas sensibles se encuentran en contacto inmediato y forman de esta suerte un todo continuo; esto es casi renunciar al atomismo y venir á dar en el materialismo adoptado por Ueberweg (13) en la filosofía esotérica de los últimos años de su vida.

Examinemos ahora la influencia que el materialismo inglés ha tenido en Alemania; pero antes, una palabra acerca de lo que Alemania había producido de original en esta dirección; á decir verdad, encontraremos muy poca cosa, no porque un ardiente idealismo haya dominado exclusivamente en este país, sino porque la savia nacional estaba agotada por las grandes luchas de la Reforma, los trastornos políticos y una desmoralización profunda; mientras todas las demás naciones florecían bajo el soplo fortificante de su juvenil libertad de pensamiento, hubiérase dicho que Alemania había sucumbido combatiendo por la misma libertad. En ninguna parte el dogmatismo petrificado parecía más constreñido que entre los protestantes alemanes; ante todo, las ciencias de la naturaleza tuvieron que sostener un rudo asalto; «el clero protestante se opuso á la adopción del calendario gregoriano únicamente porque esta reforma procedía de la Iglesia católica; se había dicho en la decisión del senado de Tubingue (24 de Noviembre de 1583), que Cristo no podía estar de acuerdo con Belial y el anticristo; el consistorio de Stuttgart (25 de Septiembre de 1612) invitó á Keplero, el gran reformador de la astronomía, á dominar su natural temerario y á regular todas las cosas por la palabra de Dios y no embrollar la Biblia y la Iglesia con sus sutilezas, sus escrúpulos y sus inútiles críticas». El profesor de Wittenberg, Senert, parece una excepción introduciendo el atomismo entre los físicos alemanes; pero esta innovación aprovechó poco á la física y no se supo sacar de ella concepción alguna de la naturaleza que se acercara más ó menos al materialismo; Zeller dice, y es verdad, que los físicos alemanes conservaron largo tiempo el atomismo «casi tal como lo escribió Demócrito», y en tanta estima que, según Leibnitz, no sólo eclipsó al ramismo, sino que mermó también grandemente la doctrina peripatética; sin embargo, es muy de presumir que Leibnitz ha exagerado; por lo menos, las huellas

del atomismo en el *Epítome naturalis scientie* de Sennet (Wittenberg, 1618) son tan insignificantes que la base completamente escolástica de sus teorías la perturban menos sus herejías atomísticas que los elementos que toma á Peracelso (14).

Mientras que en Francia, gracias á Montaigne, la Mothe, le Vayer y Bayle, el escepticismo, y en Inglaterra, merced á Bacon, Hobbes y Locke, el materialismo y el sensualismo se habían elevado á la categoría de filosofías nacionales, Alemania permanecía encerrada dentro de los muros tradicionales de la pedantesca escolástica; la rudeza de los nobles alemanes, á quienes Erasmo caracterizaba alegremente con el sobrenombre de «centauros», no permitía á los sistemas desarrollarse sobre una base aristocrática como en Inglaterra, donde desempeñaba tan importante papel la filosofía. El elemento revolucionario que fermentaba en Francia y que se acentuaba cada vez más, no faltaba por completo en Alemania, pero el predominio de las ideas religiosas extravió á nuestro país en un laberinto de caminos subterráneos y sin salida, y el cisma que separaba á católicos y protestantes consumía las mejores fuerzas de la nación en luchas incesantes y estériles; en las Universidades, las cátedras estaban ocupadas por una generación cada vez más grosera; la reacción de Melanchthon en favor de un aristotelismo depurado, condujo á sus sucesores á una intolerancia que recuerda los sombríos períodos de la Edad Media; la filosofía de Descartes apenas encontró asilo seguro en la pequeña ciudad de Duisbourg, donde se respiraba algo la libertad de espíritu neerlandesa bajo la esclarecida protección de los príncipes de la Casa de Prusia; este sistema equívoco de protección mezclado de hostilidad, del cual más de una vez hemos apreciado su valor, se aplicaba también á fines del siglo XVII á la doctrina cartesiana; á pesar de ello, el cartesianismo ganó terreno poco á poco y á últimos del siglo XVII, cuando ya

los síntomas de tiempos mejores se manifestaban en muchas inteligencias, encontramos numerosas quejas acerca de la propagación del «ateísmo» por la filosofía cartesiana; los ortodoxos no fueron nunca más pródigos que en esta época del epíteto ateo; no obstante, parece que en Alemania los espíritus deseosos de libertad se unieron estrechamente á una doctrina con la cual se habían ya reconciliado los jesuítas en Francia. De ahí vino también que el influjo de Espinosa en Alemania se dejara sentir á medida que el cartesianismo echaba más profundas raíces; los espinosistas forman solos la extrema izquierda en el ejército que combate á la escolástica y á la ortodoxia, aproximándose al materialismo tanto como pueden permitírsele los elementos místico-panteístas de la doctrina de Espinosa.

El más notable de los espinosistas alemanes fué Federico Guillermo Stosch, autor de la *Concordia rationis et fidei* (1692); esta obra, en el momento de su aparición, produjo sensación y escándalo hasta el punto de que en Berlín, el que ocultaba un ejemplar, estaba amenazado de una multa de 500 talers. Stosch niega formalmente la imaterialidad y la inmortalidad del alma; «el alma del hombre se compone de una mezcla proporcional de sangre y humores que afluyen regularmente por los canales y producen las diferentes acciones voluntarias é involuntarias». «La inteligencia es la mejor parte del hombre, por la que piensa, y se compone del cerebro y de sus innumerables órganos, á los cuales modifican de diversas maneras el aflujo y la circulación de una materia delicada, igualmente modificada de varios modos.» «Es evidente que el alma ó la inteligencia, por su naturaleza y esencia, no es inmortal ni existe fuera del cuerpo humano (15).» Más popular y más incisiva fué la influencia inglesa, tanto por el desarrollo de la oposición general contra los dogmas de la Iglesia como en particular por la extensión de las teorías materialistas; cuando en el año

1680 el canciller Kortholt publicó en Kiel su libro *De tribus impostoribus magnis*, aprovechando el célebre título de una obra fantástica para hacer el reverso de la medalla, llamó á Herbert de Cherbury, á Hobbes y á Espinosa, los tres grandes enemigos de la verdad cristiana; vemos, pues, en esta triada á dos ingleses, de los cuales uno, Hobbes, nos es ya conocido; Herbert murió en 1642 y es uno de los más antiguos é influyentes representantes de la «teología natural», ó de la fe racional en oposición á la religión revelada. La influencia que Herbert y Hobbes ejercieron en Alemania está claramente demostrada en el *Compendium de impostura religionum* publicado por Genthe, obra que no puede pertenecer al siglo XVI (16); este libro es de una época algo más lejana de la que el canciller Kortholt trataba de tomar represalias, época fecunda en esta clase de ensayos, que provenían la mayor parte de librepensadores que han caído en el olvido; el canciller Mosheim, muerto en 1755, dice que poseía siete manuscritos de este género, todos posteriores á Descartes, á Espinosa y, por lo tanto, á Herbert y Hobbes.

La influencia inglesa se descubre sobre todo en un pequeño libro que pertenece por completo á la historia del materialismo, y que vamos á citar con ciertos detalles que los más recientes historiadores de la literatura no han apreciado ni acaso conocido; nos referimos á la *Correspondencia acerca de la esencia del alma* que tanto ruido hizo en la época que apareció (1713), y de la cual se publicó una serie de ediciones, siendo muy combatida en folletos y artículos periodísticos; hasta un profesor de Jena dió una lección con el exclusivo objeto de refutar este opúsculo que se compone de tres cartas atribuidas á dos corresponsales; un tercero ha escrito un prefacio y, en la edición de 1723 que está designada como la cuarta, se admira de que hayan sido confiscadas las tres primeras (17). Weller en su *Diccionario de seudónimos*

nombra como autores de esta correspondencia á T. C. Westphal, médico de Delitzsch y á T. D. Hocheisel (¿Hocheisen, profesor suplente en la facultad de filosofía de Wittenberg?); particularidad extraña, el siglo anterior (XVIII) atribuía estas cartas á los dos teólogos Roeschel y Bucher, de los cuales el último era un ortodoxo apasionado que no hubiera consentido cartearse con un ateo, así se llamaba entonces á un cartesiano, á un espinosista, á un deísta, etc.; Roeschel, que era á la vez físico, pudiera muy bien haber escrito la segunda carta (anti-materialista) si se juzga por razones extrínsecas; pero todavía hay dificultades en decir quién era el verdadero autor materialista de las cartas primera y tercera así como de toda la obra. Este opúsculo, cuyo deplorable estilo refleja la triste época en que se compuso, está escrito en alemán, entremezclado con locuciones latinas y francesas; se ve en él un espíritu vivo y un pensamiento profundo; las mismas ideas, en una forma clásica y en una nación que tuviese confianza en sí propia, habrían tenido un éxito semejante á los escritos de Voltaire; pero en esta época, la prosa alemana estaba á cero en el termómetro de su valor; la flor de los librepensadores ponía entonces su ciencia en los escritos del francés Bayle y, después que se devoraron ávidamente muchas ediciones del escritor alemán, el libro cayó en el olvido.

El autor de dichas cartas se daba perfecta cuenta de la situación: «Espero, dice, que no se llevará á mal que las haya escrito en alemán, no pretendiendo, como no pretendo, destinarlas á la eternidad (*aeternitati*)»; he leído á Hobbes, pero, añade, «en otro espíritu»; en cuanto á los innovadores franceses, no sabe nada todavía de ellos (18). En el año 1713, fecha de la publicación de este libro, nacía Diderot y Voltaire, de edad de diez y nueve años, estaba prisionero en la Bastilla á causa de unos versos satíricos dirigidos al gobierno; el editor, en su introducción á las cartas sobre la esencia del alma, principia por

poner en evidencia los errores de las filosofías antigua y cartesiana, mostrando en seguida cómo la física terminará por suplantar á la metafísica, y, por último, generalizando la discusión, se pregunta si hay que seguir ahogando las ideas nuevas en provecho de una autoridad caduca y arruinada ó si hay que resistir á esa autoridad; «algunos aconsejan no adelantarse al vulgo ignorante y engañado, y mezclarse en sus juegos infantiles; otros, por el contrario, protestan solemnemente y quieren á toda costa ser mártires de sus verdades imaginarias; soy demasiado incompetente para decidirme por unos y por otros en esta controversia; no obstante, en mi opinión, parece probable que amonestando todos los días al hombre del pueblo se hará poco á poco más sensato, porque no es por la violencia, sino por la constancia de su caída, por lo que la gota de agua labra la piedra, como la experiencia lo atestigua; además, no negaré que no sólo entre los legos, sino también entre los que se llaman sabios, las preocupaciones tienen aún tan gran peso que es menester mucho trabajo para arrancar de la cabeza de las gentes esos errores tan profundamente arraigados; el maestro pitagórico ha dicho que esto es un recurso muy cómodo para la pereza y una capa excelente con la cual más de un filósofo puede encubrir su ignorancia de los pies á la cabeza; y punto en boca; basta que en nuestras acciones no sólo ocultemos lo aborrecible, sino hasta las serviles preocupaciones autoritarias.

Entre los mil ejemplos que pudiera escoger, tomo nuestra alma; ¡qué destinos tan varios ha sufrido ya la pobre muchacha! ¡cuántas veces no se ha visto obligada á vagabundear en el cuerpo humano! ¡cuán extraños juicios acerca de su esencia se han divulgado en el mundo! Tan luego como uno cualquiera la coloca en el cerebro, los demás en seguida la ponen en el mismo lugar; cuando otro la instala en la glándula pineal, todas las gentes le imitan hasta que un tercero la desaloja de allí, por parecerle esta

habitación demasiado estrecha y cerrada, y la asemeja á un grano de café, y, en tal concepto, declara que el alma está presente toda entera en cada parte del cuerpo como lo está en todo él, y, aunque la razón vea fácilmente que debería entonces haber tantas almas como partes de materia tiene el cuerpo, no faltan muchos, pero muchísimos monos que adopten esa idea porque el maestro, el difunto profesor, que contaba setenta y cinco años de edad y durante veinte fué el más digno rector de la Universidad, consideraba todo esto como la opinión más probable. Otros la aposentán en el corazón y la hacen nadar en sangre; quiénes la obligan á meterse en el ventrículo, y un soñador llega hasta hacer de ella la portera de un bullicioso alcázar como lo prueba suficientemente la inspección de los libros.

Pero cometen todavía la más grande patochada cuando hablan de la esencia del alma; no quiero decir lo que se me ocurre cuando veo un aborto de alma en el señor Comenius (á quien yo respeto mucho), representado en un globo pintado y compuesto únicamente de puntos, y doy gracias á Dios por no tomar parte en ese juego y de no tener tantas porquerías en el cuerpo. El mismo doctor Aristóteles, en el riguroso examen del bachillerato, se vería y se desearía para explicar su entelequia, y Hermolaus Barbarus no sabría si traducir en alemán su *rectihabea* por linterna nocturna de Berlín ó por carraca de la ronda de Leipzig; otros, que no quieren tener un gusano rodeor en la conciencia con la palabra pagana entelequia y que quieren también echar su cuarto á espadas, hacen del alma una cualidad oculta, y, siendo su alma una *qualitas occulta*, queremos dejársela *occultam*, en cuanto á su definición no es de desdeñar porque tiene el mérito de refutarse á sí misma. Nosotros nos volveremos con preferencia hacia aquellos que deseen hablar más cristianamente y estar de acuerdo con la Biblia; entre esas personas espirituales el alma se llama espíritu, lo

que quiere decir que el alma lleva un nombre cuyo objeto nos es desconocido y que quizá no existe».

El autor materialista de la primera carta nos explica ampliamente por qué método ha llegado á su teoría. Viendo que los fisiólogos, y con ellos los filósofos, atribuían al alma las funciones más complicadas del hombre, como si se pudiese sin escrúpulo imponerle todas las cargas, comenzó por estudiar esas funciones en todas sus fases y por comparar las acciones de los animales con las de los hombres, y añade: «Como la analogía en los afectos de los animales y de los brutos ha hecho creer á algunos filósofos modernos que los brutos tenían también un alma inmaterial, y como los filósofos modernos han llegado á esta conclusión y los antiguos han explicado los actos de los brutos sin atribuirles un alma semejante, se me ocurrió preguntarme si no se podrían explicar también los actos del hombre sin la intervención de un alma cualquiera.» Y en seguida manifiesta que en el fondo casi todos los filósofos de la antigüedad no han considerado al alma como una substancia inmaterial tal como la entienden los modernos. «La forma, de la filosofía de Aristóteles, la definió muy exactamente Melanchthon diciendo que es: la construcción misma de la cosa; Cicerón hizo de ella un movimiento perpetuo, que resulta de la estructura del cuerpo sistemáticamente organizado; el alma es, por consecuencia, una parte esencial del hombre vivo, dividida, no realmente, sino solamente en la inteligencia del que la concibe.» Cita también la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y diferentes sectas; entre otras publicaciones, menciona la tesis que los anabaptistas imprimieron en Cracovia el año 1568, y en la cual se lee: «Negamos que un alma cualquiera subsista después de la muerte.» He aquí próximamente cuáles son sus opiniones personales.

Las funciones del alma, la percepción y la voluntad, que ordinariamente se llaman inorgánicas (es decir, no

orgánicas), se fundan en la sensación; el proceso del conocimiento se verifica de la manera siguiente: «Cuando el órgano de un sentido, sobre todo la vista y el oído, se dirige hacia el objeto, se efectúan diferentes movimientos en esas fibras del cerebro que terminan siempre en el órgano de un sentido; este movimiento en el cerebro es idéntico á aquél en virtud del cual los rayos luminosos caen sobre la placa de una cámara obscura y forman la imagen; esta imagen nace en el ojo, las fibras de la retina se excitan y este movimiento se propaga al cerebro y forma en él la idea; la combinación de estas ideas se opera por el movimiento de las fibras del cerebro de la misma suerte que se forma una palabra por los movimientos de la lengua, y así se realiza el principio *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*; el hombre no sabría nada si las fibras de su cerebro no fueren excitadas convenientemente por los sentidos; esto se efectúa por la instrucción, el ejercicio y la costumbre; así como el hombre se parece á sus padres en los rasgos exteriores, lo mismo debe ocurrir con su organización interna. El autor, que á menudo y sin incomodarse se burla de los teólogos, se guarda muy bien, sin embargo (conservando sus opiniones materialistas acerca del hombre), de provocar un conflicto demasiado radical con la teología, absteniéndose por completo de filosofar del universo y sus relaciones con Dios; desechando abiertamente en muchos pasajes la idea de una substancia inmaterial, cae en la contradicción por no haber pensado en extender su principio á la naturaleza entera; pero, ¿es realmente inconsecuencia ó está conforme con el principio *gutta cavat lapidem*? Esto es lo que no sabemos. En teología pretende seguir la opinión del inglés Cudworth; en otros términos, admite, por no chocar con las creencias de la Iglesia, una resurrección del alma y el cuerpo el día del juicio final y declara también que Dios dió á los primeros hombres un cerebro de una estructura perfecta, pero que después de la caída de

Adán se deterioró como el cerebro de un hombre á quien la enfermedad hace perder la memoria.

Cuando hacemos algo, la voluntad se decide siempre en virtud de la impulsión más fuerte, y la teoría del libre albedrío es inadmisibile; se deben reducir las impulsiones de la voluntad á las pasiones y á la ley; quizá se pudiera creer que tantos movimientos en el cerebro producirán en él necesariamente confusión, pero basta recordar cuántos rayos luminosos deben cruzarse para darnos las imágenes de los objetos y cómo, por lo tanto, los rayos que se asocian llegan siempre á su fin; si nuestra lengua puede pronunciar innumerables palabras y formar discursos, ¿por qué las fibras del cerebro no han de poder producir movimientos aún más numerosos? Todo depende de esas fibras, como se ve particularmente en el delirio; mientras la sangre hierve y las fibras están, por lo tanto, agitadas de un modo desigual y confuso, hay frenesí; si ese movimiento se verifica sin fiebre, es la manía; la sangre puede dar ideas fijas como lo prueban la hidrofobia, la picadura de la tarántula, etc. Otra especie de enfermedad mental es la ignorancia, de la cual deben librarnos la educación, la instrucción y la disciplina; «esta educación y esta instrucción son el alma verdadera que hacen del hombre una criatura racional»; en otro pasaje el autor cree que los que distinguen tres elementos en el hombre, «espíritu, alma y cuerpo, estarían más acertados entendiendo por espíritu la instrucción que han recibido y por alma la aptitud de todos los miembros del cuerpo, particularmente las fibras del cerebro, en una palabra, la facultad de pensar.

El autor es muy prolijo cuando se esfuerza en ponerse de acuerdo con la Biblia, pero con frecuencia su ortodoxia aparente se hace traición en observaciones irónicas y maliciosas; por lo demás, el fondo de esta primera carta se aproxima mucho al espíritu materialista primitivo de la doctrina de Aristóteles, que hace de la forma una pro-



piedad de la materia; así, el autor, cita con predilección á Straton y Dicearco, declarando no participar de su ateísmo; pero, lo que sobre todo le complace, es la definición del alma por Melanchthon; la definición del alma ó del espíritu, como resultado de la instrucción, está formalmente atribuída en un pasaje á Averroes y á Themistius, pero se ve en seguida que aquí, el panteísmo platónico de Averroes, se trueca en materialismo; sin duda Averroes hace de la razón inmortal en todos los hombres una sola y misma esencia, idéntica con el contenido objetivo de la ciencia, pero esta identificación del espíritu y de su contenido descansa en la doctrina de la identidad del pensamiento y del sér verdadero que, como razón divina, coordena las cosas, tiene su existencia real fuera del individuo y no brilla en el hombre más que como un rayo de la luz divina. En nuestro autor, la instrucción es un efecto material que la palabra emitida produce en el cerebro; de hecho esto no tiene el aspecto de una atenuación puesta involuntariamente á la doctrina de Aristóteles, sino más bien una transformación sistemática que la imprime un carácter materialista.

En la tercera carta, el autor se expresa en estos términos: «Tomar el alma del hombre por un ser material es á lo que nunca he podido resolverme, aunque haya oído muchas discusiones acerca de este asunto; jamás he podido comprender qué ventaja física se sacaría en esta cuestión con la adopción de semejante idea; pero mi inteligencia se niega, sobre todo, á admitir que las demás criaturas hayan sido organizadas de tal modo que las atribuyan sus actos visibles á su materia así formada por Dios; el hombre no puede gloriarse de este beneficio solo (al contrario, estaría completamente inerte, muerto, impotente, etc.); y hay necesidad de introducir en el hombre algo que pueda, no sólo efectuar los actos que le distinguen de las demás criaturas, sino hasta comunicarle también la vida.» El autor cree rechazar la censura de ser un

*mecánico*, es decir, un materialista: «No hablo más que del mecanismo ó disposición de la materia que introdujo las formas de los peripatéticos, y, para no tener ni la apariencia de producir una nueva filosofía, prefiero dejarme acusar del *præjudicii auctoritates* y confesar que he sido arrastrado por Melanchthon, que se sirve de las palabras *exædificationis materie* para explicar la forma, es decir, el alma del hombre; representándose exactamente el punto de vista adoptado por Aristóteles, es fácil ver que la expresión *exædificationis materie*, ó más exactamente *ipsius rei exædificatio*, no nos enseña si la facultad de construir emana de la materia ó si hay que atribuirle á la forma como á un principio especial, superior y existente por sí mismo que se podría muy bien designar con la palabra «alma». Indudablemente el escritor ha querido aquí atrincherarse detrás de la autoridad de Melanchthon ó atormentar á los teólogos, ó quizá ambas cosas á la vez; no toma muy en serio su punto de vista peripatético, como parecen probarlo las objeciones que promueve inmediatamente después á propósito de la explicación de las formas, y que acaban por decidirle á recurrir á los átomos de Demócrito considerados por él mismo como los conservadores de las formas de todos los cuerpos de la naturaleza (19); se diría igualmente que juega á la gallina ciega cuando el adversario aparenta materialismo; en la segunda carta trata de censurar al autor de la primera las consecuencias ateas; no es imposible que esto sea una táctica, análoga á la de Bayle, que tenga por objeto llevar al lector á las mismas consecuencias; este es otro motivo para creer que toda la obra ha salido de una sola y misma pluma.

El notable opúsculo del cual acabamos de hacer un análisis, merece atraer la atención porque no está en modo alguno aislado como documento y como prueba de que el materialismo moderno (abstracción hecha de Gassendi) es más antiguo en Alemania que en Francia, sobre

todo para quien conozca hoy al excelente médico Pancracio Wolff, el cual el año 1697, como él mismo dice en sus *Cogitationibus medico-legalibus*, sometía al juicio y á la censura del mundo sabio la siguiente tesis: «Los pensamientos no son actos del alma inmaterial, sino efectos mecánicos del cuerpo humano y en particular del cerebro.» En 1726 Wolff, habiendo sin duda en este intervalo sufrido una penosa experiencia, publicó un folleto en el que declara que su antigua opinión no podía dar lugar á todas las deducciones anticristianas que se habían sacado de ella y según las cuales habría negado la providencia especial de Dios, el libre albedrío y todos los principios de la moral; fué estudiando el delirio producido por la fiebre como Wolff llegó á sus conclusiones y, por lo tanto, según un método análogo al que debió seguir la Mettrie.

Miguel Etmüller, célebre profesor de medicina en Leipzig, dicen que admitía también un alma material, aunque por otra parte no negaba la inmortalidad; en su calidad de jefe de la escuela médico-química pudiera ser quizá considerado como materialista en el sentido que nosotros damos á esta palabra; pero evidentemente desde fines del siglo XVII y principios del XVIII, mucho tiempo antes de la difusión del materialismo francés, los médicos tendían á emanciparse de la psicología de los teólogos y de Aristóteles para seguir sus ideas personales; por su parte, los ortodoxos trataron de «materialista» más de una teoría que no merece este nombre; no olvidemos que uno de los caracteres del desarrollo de la medicina, como de las ciencias físicas y naturales, las hace venir á dar en el materialismo lógico; una historia del materialismo debe estudiar también con cuidado estas épocas de transición; pero todavía en la actualidad faltan para la cuestión que nos ocupa los trabajos preliminares necesarios (20).

## CAPITULO II

### La Mettrie.

El orden cronológico.—Biografía.—La *Historia natural del alma*.—La hipótesis de Arnobio y la estatua de Condillac.—*El hombre-máquina*.—Carácter de la Mettrie.—Su teoría moral.—Su muerte.

Julián Offray de la Mettrie, ó habitualmente Lamettrie, es uno de los nombres más desacreditados de la historia literaria, poco leído y menos conocido hasta por aquellos mismos que se complacen en desacreditarle cuando la ocasión se presenta; este prurito de denigración proviene de sus contemporáneos, por no decir de los que participaban de sus opiniones; la Mettrie fué en Francia el yunque del materialismo del siglo XVIII; cualquiera que tocaba el materialismo con intenciones hostiles, maltrataba á la Mettrie como el representante más exagerado del sistema; los mismos que se inclinaban hacia el materialismo, le daban de puntapiés para curarse en salud de las censuras que pudieran dirigirles; esto era tanto más cómodo cuanto que la Mettrie fué no sólo el más exagerado de los materialistas franceses, sino también el primero en el orden cronológico; produjo, pues, doble escándalo y durante largos años, con cierto aire de dignidad, se le señaló con el dedo, lo que no impedía que poco á poco se fueran apropiando sus ideas, como se dieron más tarde por originales los pensamientos tomados á la Mettrie, aunque rechazándole con tal unanimidad y energía en las protestas que desorientaron á los contemporáneos.

Restablezcamos antes que nada el orden cronológico.